

24

BIBLIOTECA



ALBONIZADA



BPM Cardenal Cisneros



aldonza

octubre, 1966

director:

alberto álvarez-ruiz

colaboran:

julio ganzo
rosario moncada
tomás ramos-orea
manuel revilla (dibujante)
eduardo santiso aira

dirección postal:

eras de san isidro, 4
alcalá de henares
teléfono: 293 06 19

depósito legal: M. 17.499-1964

imprensa: T. P. A.

UN LIBRO DE FERNANDEZ NIETO



Por T. R. O.



JOSE MARIA FERNANDEZ NIETO, *Un hombre llamado José*.
Agora. (San Sebastián, 1965.)

ESTOS poemas, sobresalientes aun a pesar de haber ganado un concurso, habían ido llegando al público ya previamente y poco a poco en esa múltiple aunque alquitarada entrega de la colaboración en revista aquí, la lectura íntima allá, etc., como queriendo, con muy acertado criterio, dar a lo escrito el máximo de oportunidades, una como más completa objetividad antes de considerarlo irrevocablemente fijo en la última impresión. Hace años que venimos diciendo sobre el quehacer de la mayoría de los poetas ingleses lo que podría convenir aquí también, a saber: que en los buenos libros de versos el publicar las unidades por separado con prioridad al volumen compacto, tiene la ventaja de someter a los poemas a una mejor revisión y remate; pero también el defecto de privarle al lector y a la crítica en general, de una obra inédita de una sola vez. En estos tiempos que corren y por razones diversas en cada caso, el poeta está fatalmente destinado a revelar gajo a gajo el total de su fruto para después ofrecerlo reunido de nuevo. Este segundo gusto, en mi opinión, ha perdido algo de valor, sobre todo el de la novedad.

Desde que se nos envió para reseña, he leído dos veces el libro de Fernández Nieto y me quedo yo mismo con las ganas de saber cuál de las dos me ha conmovido más, cuál me ha inclinado más de lleno al asentimiento. Quizás la segunda. Es lo mismo, porque acabo de certificar para mi tranquilidad personal que *Un hombre llamado José* es un buen libro, falto a todas luces y por desgracia, de una edición decorosa, libre de estas nefastas mezquindades de tipografía, papel, etc., que son el pan nuestro de cada día en publicaciones poéticas. Y todo se hace aún más recriminable cuando con poemas como éstos se prestigia el nombre de un premio, de un jurado y de una colección.

Fernández Nieto es un poeta ya bien reseñado (hasta el Prof. Valbuena Prat se viene ocupando de él en sus últimas ediciones de *Historia de la Literatura Española*) y que ha cruzado hace ya mucho tiempo y con pie seguro "la aduana donde empieza a hablarse en otro idioma", con sus propias palabras. O sea, que está haciendo poesía cabal hace años. En esta obra se ve como si se intentara marcar un punto y aparte, ofreciendo el resultado de la perfecta asimilación de modelos anteriores. Porque descontando la novedosa y afortunada modalidad del verso alejandrino blanco en que están escritos la mayoría de los poemas, lo que se dice en *Un hombre...* es, en síntesis: A) Un resumen de imágenes muy del tipo de los garcilasistas de los años cuarenta, y genéricamente de todos los "poetas bellos"

*Nunca veréis a un pájaro que bese mientras vuela
ni a una espiga de trigo madurar en diciembre*

*¿Qué se hicieron sus bucles de trigo numeroso,
su blusa donde el aire no, se atrevió a esconderse,
sus manos que contaban estrellas al abrirse?*

B) Una clase de imagen más surrealista —y que ya con Alexandre ha alcanzado, hasta el momento, volumen insuperable—,

*y encuentro el mar tan grande que no puedo entenderle,
que no sé si me suena a madre o a distancia.*

su sangre donde el tiempo no acertaba a posarse

Un día jubilaron su sangre los claveles

Saber que hay que ser ángeles sin aire en qué apoyarse

C) Verso discursivo, intimista, fluyendo como en monólogo:

¿Por qué si se repiten los besos agonizan?

*La pena ya tenía
su herencia de sonrisas, su soledad un árbol*

*Yo no sé si se puede llenar más una cántara,
si caben más semillas de rosas en un tiesto,
si puede iluminarse con más luz una estancia
o si es posible un cielo donde haya más arcángeles.*

Por último, no podía faltar, D) El toque de lo mitad prosaico, mitad vulgar poetizado en la imagen sacada de un acto normal cualquiera de cada día:

por qué José se peina pensando en las campanas

*anudaba el pañuelo
y así no se olvidaba de que Dios era hermoso*

O cuando José piensa

*que hay que pagar recibos o pintar las paredes
o mudarse los sábados.*

Ya hemos indicado los alejandrinos. Lo que no habíamos dicho aún es su perfección artesana, su magnífica hechura realizada por un sutil encabalgamiento ideativo que recorre el poema de principio a fin. El poeta no puede ser insensible a este eco multiplicado que va produciendo cada verso previo. De ahí que se perciba un redoble de tristeza agrandado, bola de imágenes que es necesariamente consecuencia de cada palabra acabada de decir, como si cada una fuera esa primera onda provocada por la herida de la piedra en el agua, y que a su vez produce infinitas ondas más. Pero quizás lo que más nos cale de esta obra sea su continuada unidad y su sucesiva expansión hacia regiones más extensas de temática sugerida. José, al terminar el último poema, le ha parecido ser al lector varios personajes distintos que representan al prójimo, al segundo "yo", al mundo exterior de cada uno. El José final, sugerido, el más logrado poéticamente, el que "se iba quedando solo" nos parece el poeta mismo, unificado a su materia poética, hecho ya una cosa misma con el asunto cantado.

Este libro consta de 17 poemas, entre los que destacamos "El amor" y "La pienso cuando amor". Fernández Nieto ha logrado la madurez trabajada del buen poeta y creemos que debiera intentar el acceso al camino de excelente poeta. Un hombre llamado José nos hace pensar en ello con la máxima esperanza.

CARTA DE PAR EN PAR

Por TOMAS RAMOS OREA

HEMEROTECA



A PARTIR del comienzo es un reguero
de añoranza el que cruza la memoria.
Yo te he visto nacer entre las risas
de esas cosas que llenan los vacíos
cuando ya el corazón busca una diana.
Bien podría decir el mundo que hay inmensas
regiones esperando una palabra
que las pueble de alma, que las nombre
de una vez en los mapas y en las frentes.
Yo te he visto nacer. Por mi recuerdo
sólo cuentan los signos anunciándote,
o mejor, léase: las horas punta,
alarido de niño y bicicletas
rodando todo junto por mis labios
al encuentro de algún presagio útil.
Así llegó ese tiempo perseguido
del mañana. Entre tanto, ahora mismo,
no sé si la distancia en tiempo y nubes
desplegaron un bando de alba, albatros
en azul de unos cielos consabidos.
O los lentos crepúsculos te hablaron
con mi voz inicial, de día primero,
cuando yo te miraba y tú escribías,
jugando en la piscina, cosas raras
(lo explicaste después: taquigrafía)

.....
Era abril por la noche. El ágil viento

merecía ser cómplice del alma
que va de árbol en árbol. En el frío
del cuerpo se encallaba esa ternura
que sólo el que ama entiende.
Otra tarde te vi con un vestido
de cuadrados, de límpidos manteles
que aguardaban mi asalto, en un banquete
de soñadas dulzuras. Me confieso
de haber pensado un poco en tu vestido.
Y un día fui a buscarte. En tu trabajo
conjugamos los dos esos mil verbos
que a la nada conducen. No contaban
más que algunas razones con dos filos,
con los bordes del labio enrojeciéndose.
Al sol de aquel encuentro se templaron
varios meses envueltos en la tela
de araña del cansancio. Incertidumbres
que dolieron aún más al ser ya nuestras.
Era lunes. El miércoles —dijimos—
nos veríamos solos. ¿Has soñado,
por lo menos sabido, que nos vimos
a pesar de este mundo? Eran las nueve
puedo decir que en todos los relojes
de mi pulso. Es lo mismo. Eran las nueve
y yo salí a buscarte. Estaba solo
e inerme enfrente tuyo, tu horizonte,
por vez primera y única, por fuerza
de amor reconocida entre las gentes,
ese amor que se llama y se apellida
de la misma manera hace cien siglos.
Te desglosé de un grupo —cuatro amigas—
y sabíamos todos que el asunto
estaba entre los dos, de cara al mundo.
Hoy que todo es distinto, tengo abierta
la estancia del recuerdo por si llegas
y podemos decir que ha estado alguien.
Pero tú no vendrás. O sí vendrás
y otra vez el empalme doloroso
de explicarnos el mundo, los orígenes
de esa sima —tú y yo— en que nos movemos.
Tú no verás mi amor en las palabras

que se dicen los ojos desde siempre.
Tú no verás el ser, la cercanía
de esas solas, certeras realidades
que la gente llamó signos externos.
Porque tú, pese a todo, no has nacido,
si no quiero
dar fe de tus señales que en el fondo
más fondo de mi carne lucen una etiqueta.
También las galerías del espíritu
amenazan destruir todo el pasado.
Mañana me hablarás como quien habla
de proyectos fantasmas. Una tibia
conformidad de tiempo entre tu noche
y mi albura más cierta será el eco
de la eterna verdad que llaman vida.
Ya no hay tiempo de búsqueda de datos
con que llenar la urgencia de poema.
Sólo hay tiempo de darte por escrito
las cosas que mi labio no quiso dar salida.

.....
Tú viviste distante. Si no fuera
por una fe en el verso que milita
entre todo. Si fuera, si no fuera
porque hablando de amor se gana todo
lo que ofrezca la vida, te diría
pues... eso simplemente, que viviste distante, sostenida
por el frágil peciolo de una carta cerrada, con remite.
Prefiero entre la nada y la renuncia
pensar que te he querido, aunque nos falte
el sitio del arranque y de la muerte.
Necesito creer que te he querido,
necesito ante todo que esta larga
conjugación de verbos que a ti tanto
te duele —como creo, como quiero—
sea el límite exacto de mi parte
en este asunto, ya de amor perdido.
Y de nuevo, el silencio. Ya han pasado
por las noches fantásticas los trenes
transportando el amor a cualquier lado,
y con ellos, cansada, la memoria.

JUNTO AL CORAZON DEL COSMOS

Por EDUARDO SANTISO AIRA

I

JUNTO al corazón del cosmos,
voy estrujando las cosas,
gustando su sabor de tierra y ansías de vivir;
acunando dentro de ellas mi recuerdo,
cicatrizando mis pupilas en su corteza áspera,
ennegrecida por el tiempo.

Junto a mí la maravilla de la vida
salpicada de mariposas,
de trinos de pájaros,
de pequeños mosquitos
que ignoran el fin de su existir;
de la muerte cotidiana
que minuto a minuto sorprende mis iris
en animales que vuelven a su reino inerte,
esperando la aurora de una nueva primavera
donde poder ser útiles
alimentando las raíces de las plantas.

Toda la vida tiene un sabor:
un sabor áspero o alegre
según el minuto en que vivamos.
Pero es bella:
mientras haya agonía, la vida será bella:

Bello es el silencio cuando no se sabe descifrar.
Bello es el sufrimiento cuando no se niega.
Bella es la muerte cuando no se sabe donde lleva.
Bello será el mundo mientras no se sepa analizar.

La tierra vomita sus palabras
y nadie las entiende.

Palabras demiúrgicas,
trozos de Dios,
elegías de un alma,
espejos de los ojos
capaz de extasiarnos,
de volvernos locos.
¡Y nadie las entiende!

Todos las contemplamos,
las sentimos como a niños tristes
y hay días que junto a ellas
lloramos nuestros recuerdos.

Allí están:
acunadas en su lecho de tiempo transeúnte.

Allí están:
esperando una nueva mirada que las junte
a esta unidad total del Universo.

Allí están:
buscando un alma que las complemente
más allá de su cuerpo.

¡Pobres cosas!,
siempre pendientes
de la intención de nuestros ojos.
Siempre desnudas,
vírgenes,
desconocidas,
triste o alegremente recordadas en las pupilas.

Yo os devuelvo mi verso,
ya que sois el sostén de mi mirada,
la muleta de mi alma,
el por qué de mi sentimiento,
el respaldo de mi vida,
la medida de mi tiempo,
el ansia de una eternidad
que día a día me llama.

“ENDECHA A CASTILLA”

Por ROSARIO MONCADA

HEMEROTECA



ES UN cielo indeciso de azul sobre la estepa,
es una tierra seca salpicada de cobre,
es un sol avariento de espigas y llanuras
que calcina el paisaje y los ríos se sorbe.
Es un mudo castillo con ensueño de gloria
y un árbol polvoriento que como único acorde
suená, al pasar el aire por la planicie inmensa
con vértigo de espacios y fiebre de resoles.
Es un parto fecundo de almas recias y estoicas,
tronco de vieja encina, virilidad de roble,
es un algo forjado con dolor y grandeza

HEMEROTECA

con prestigio de siglos y cristiano renombre.
Pueblos sin más latidos que la vieja campaña,
—oraciones y vésperos por su ritmo de bronce—
casucas amasadas con cal y tierra altiva,
tierra que de los muros despectiva las rompe,
que la cal es blancor y Castilla la parda
es un sayal de asceta sin gama de colores.
Clarines de corral en los ortos tranquilos
monótonas esquilas más blanco de vellones,
y en las yuntas cansinas mozos rudos de viento
acechando crepúsculos para citas de amores;
y rutas de Babieca y huellas de Teresa
y fantasmas de ensueño del Señor Don Quijote.
Cielo sin los azules hondos del mediodía,
dormido en la nostalgia de glorias y esplendores,
tierra que con agobios engendraste grandeza,
carmelita descalza por camino de orbe,
senos que amamantaste dos mundos para Cristo,
abierto por la espada de tus claros varones.
Yo te venero tierra pelada y sin mancilla
que en tu altivez no admites ni yugo de verdores.
Dios te salve Castilla, la parda, la sublime,
Dios bendiga tus pueblos con latidos de bronce,
tus ciudades dormidas en letargos de historia,
Dios bendiga tus ríos, limpio vaso de soles,
y el árbol polvoriento del camino abrasado,
símbolo de un paisaje sin yugo de verdores,
y la ingente memoria de Isabel la magnífica,
que te entregó a tus hijas dispersas, las regiones,
y el castillo que sueña y el rebaño que pasa,
sobre la tierra seca salpicada de cobre,
y las huellas divinas de la Madre Teresa
y la santa locura del señor Don Quijote.

DANZA RITUAL DEL FUEGO

Por JULIO GANZO

HEMEROTECA

LOS CARBONES ardientes de tus ojos
quemán el atambor de mis latidos
que danzan; ya más fuertes, ya más flojos.

La fiebre se despierta en los perdidos
momentos de tu ausencia; grita y calla
en los bordes la voz de los sentidos.

Al son de la caricia que avasalla,
pulso a pulso, los ritos se hacen luna
como en la música genial de Falla.

Te amo. Con estrépito ninguna
de las cosas pasadas me reclama
y el otoño otra vez pide una cuna.

El beso que no ha sido, que aún es llama,
ha encontrado la clave de su esencia
y sus trinos lanzó desde una rama.

Tu danza favorita tiene urgencia
carnal de hallar desnudos sus desvelos;
por siempre tus pupilas son presencia.

La aurora tiene a punto sus anhelos
compensando los cómplices con creces,
pues cuando gateabas por los suelos
¡yo había tropezado treinta veces!

IN MEMORIAN

Po) ALBERTO ALVAREZ-RUZ

HEMEROTECA *A mi padre.*



CON PICOS de palomas
áureas letras talladas
salpicando tu nombre.

Letras que así me hablan
sin miedo de futuros,
como bocas ocultas

BPM Cardenal Cisneros

tras las rosas podridas.
Y un agosto de cales,
jaramagos y lirios
que erguido te circunda.
No sé si arcángel blando,
si cipreses esbeltos
mordieron tu silencio.
O una hormiga, levísima,
que corre, entra y sale,
por el hueco creciente
de la losa en tumulto.
Oh, dime, hormiga, hermana:
Cuántas luces alientan
en lo hondo del ámbito.
Si dos ojos te guiñan
con las cuencas oscuras
vacías de paisaje.
Oh, no. Yo sé que tu habla
es un campo arrasado
como pozo de estío.
Yo sé que tú no oyes
el latir de la sangre
en su destino angosto.
Yo sé, hormiga, ciega,
que no me has entendido,
y huyes del vancejo
de mis ojos llorosos.

Por T. R. O.

HEMEROTECA

IX

POEMA BUCOLICO

NO TE ciernas encima de nuestro pueblo, garza,
con esas alas anchas.
No nos recuerdes nunca que hasta puede nublarse
el sol con una cruz.

La oruga deja la hoja
como una casa en ruínas.
El lago —silenciosamente— estalla
con un banco de lirios.

El cardo volandero colma el aire
con la justa advertencia.
El topo excava el suelo renegrido
como su misma tumba.

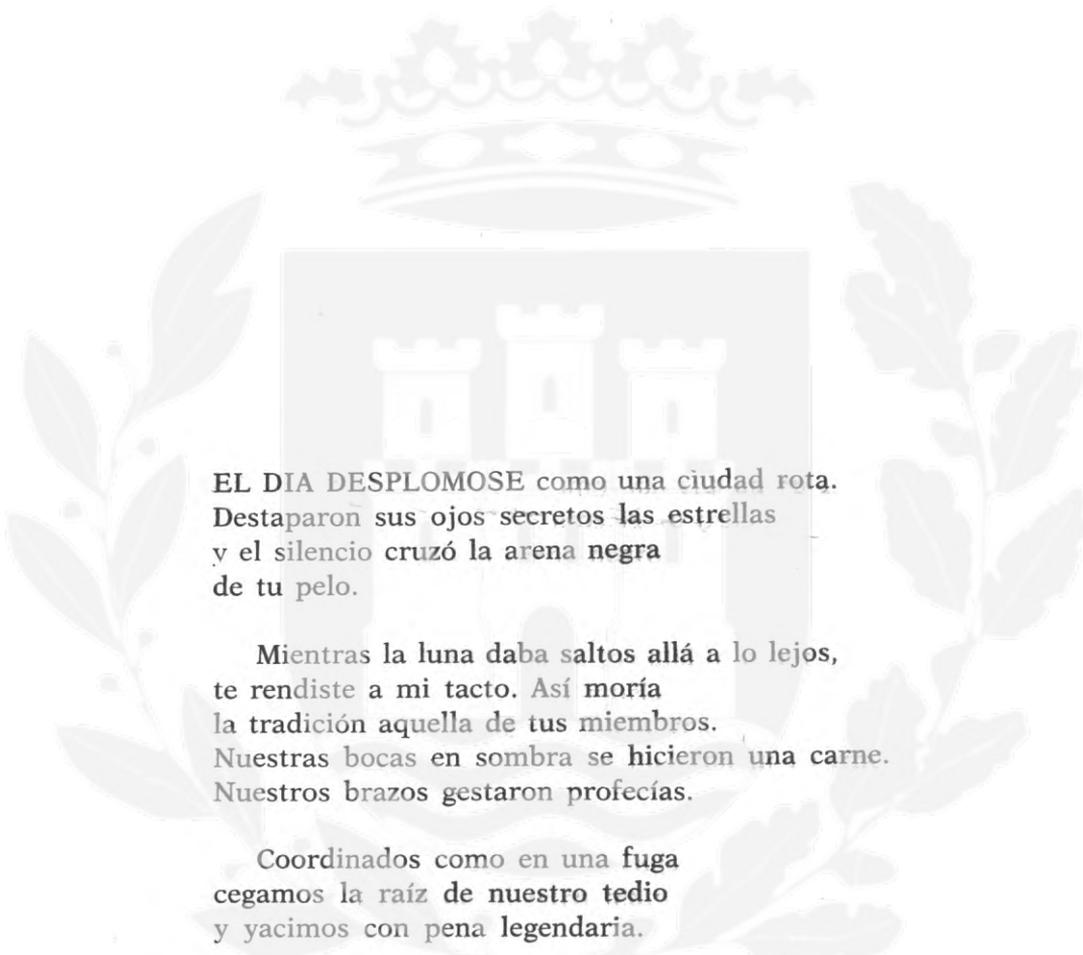
Llevo a mi amada al campo
y me cierra los ojos.
Luego la llevo adonde están los muertos
y se estremece.

Ella recorre el campo de batalla
de la ciudad distante.
Y busca, mientras llora, en cada losa
la flor aprisionada de algún niño.

Poem in the Country

CANCION VERANIEGA

HEMEROTECA



EL DIA DESPLOMOSE como una ciudad rota.
Destaparon sus ojos secretos las estrellas
y el silencio cruzó la arena negra
de tu pelo.

Mientras la luna daba saltos allá a lo lejos,
te rendiste a mi tacto. Así moría
la tradición aquella de tus miembros.
Nuestras bocas en sombra se hicieron una carne.
Nuestros brazos gestaron profecías.

Coordinados como en una fuga
cegamos la raíz de nuestro tedio
y yacimos con pena legendaria.

Tallos hechos de lluvia crecieron de los cerros
abriendo en tu garganta azules pétalos.
El alba taladró el árbol del cielo
plegando hojas rasgadas por tu dormido aliento.

Song in Midsummer

EPOCA DE ANSIEDAD

HEMEROTECA

LA CAMPANITA blanca hace un ruido blanquecino y punzante.
Son gélidos impactos sobre la tierra negra;
y en los dedos de niños, campanarios
que repican los ojos con un eco de iglesia.

Con el amor me siento otra vez más humano,
henchido de tristeza y extraño en mi alegría.
Sin embargo mis muslos están llenos de afanes incendiarios.
De humosos tulipanes del estival desastre.

En la nívea envoltura de su piel la muchacha
atesora su carne de magnolia como una espada de dulzuras.
Sin embargo a mi tacto vuela un mirlo
de su pecho y alarma todo el ámbito.

La ansiedad nos prensaba el tiempo en nuestros cráneos.
Y aunque el valor rompiera tus pétalos de acero,
las garras de la muerte sujetan nuestros sueños
y mutilan la gloria de este cielo.

Pese a todo, el amor está de nuestra parte aunque sintamos
el azar de la muerte que se arrastra. De la muerte que apuesta
[por nosotros,
por los hondos misterios y por la primavera.
Por los surcos de trigo y por las amapolas de tragedia.

Time of Anxiety

HEMEROTECA

EL ENEBRO le ofrece una muchacha
—a la luna— que adora un brazalete.
Cuando las lomas alzan las rodillas
sueltan sus cinturones de jazmín.

Tú eres como un bosque para el juego
o una noción de noches en cadena.
Andas entre los fuegos de amarguras
de la flor capuchina.

Te adorno con aromas de manzanas.
Te reparto entre voces de mochuelo,
de gallos arrogantes, de palomas
resecas y monótonas.

Hago colgar linternas de tu boca
y velas de tu ardiente crucifijo.
Y las hojas sangrantes de tu yedra
gotean un aceite purpurino.

Hay un lucio en el lago, que con azules dientes
devora las estrellas nocturnales,
horada el terciopelo —piel— del agua
y penetra en tu sueño.

Yo soy el esturión de tus latidos.
Mis ojos arcillosos mueven olas
mientras crecen raíces y hasta lirios
en las altas orillas de los abrazos nuestros.

Juniper, por Laurie Lee

Crítica de Libros

Por T. R. O.

MIGUEL ANGEL DE ARGU-
MOSA, *A muerte*. (Madrid,
1965.)

Las dieciséis composiciones de que consta este librito, si bien con ciertas condiciones intrínsecas como para poder recibir la calificación de poemas, pecan a nuestro entender de inoportunas; más bien parecen restos de un equipaje desperdigado que el autor ha querido rescatar en un montón unido por la temática. Y tal vez esto de la unidad sea su mayor mérito. Y es que el poema, cuyo brote se deba a algo que no sea su esencia misma poemática, queda indefectiblemente truncado en su valor. Igual que con la palabra *poesía* si hay necesidad de apuntalarla por detrás con otras palabras ("social", etc.) Decir *poesía* debiera bastar; por lo menos es el núcleo intencional del que habla. Decir "*poesía social, poesía bélica*", malsuena. Más que nada porque se ve el truco burdo de querer camuflar con tales calificativos los baches que haya en la palabra *poesía*.

A muerte es una obrita contingente, circunstancial (y por lo tanto no esencial ni necesaria) de la que sólo cabe espigar líneas e intentar hacerlas sonar dentro de ese marco que el poeta ha elegido y al que es difícil asomarse. El mejor poema "Epílogo" es también el más cercano a nosotros, ya que supone una escapatoria del campo bélico y un transcender hasta cualquier momento:

*«como si nada hubiera
pasado,
y fuera solamente
la triste pesadilla de una noche
que disipa la luz de alguna vela»*

JUAN JOSE CAJIDE LABRA-
DOR, *Hombre siempre*. Co-
lección Rocamador 51. (Pa-
lencia, 1965.)

He aquí un libro más de esos que, con la terminología funcional de ahora, algunos dan en llamar de temática social, con temblor humano, etc. Creemos que sólo tales reseñadores sabrán qué demonios quieran decir las palabrejas en cuestión. A nosotros, sinceramente, ni éste ni ningún libro como éste nos convence lo más mínimo. En esencia, por sus versos se habla en tono quejumbroso (y superado en el buen decir poético) de todas las mezquindades que, según el autor, son el constitutivo de la vida y que en esta obra se delatan dolorosamente en la palabra del poeta. Precisamente destacamos de entre todos los poemas, "Era un poeta", donde Cajide Labrador se desentiende de querer como arreglar el mundo con herramientas trasnochadas y escribe los versos más apropiados de todo el libro:

*Buscaba esa palabra en su esqueleto
como se busca una espina entre los
[dientes,
como se busca un recuerdo sin tris-
[teza,
o una respuesta al silencio de una
[duda.*

*Era un poeta.
Buscaba tan sólo una palabra.*

El único mérito de estos veinte poemas de que se compone *Hombre siempre* es su deseo de abordar una problemática con centro en el hombre, si bien produciendo una impresión desdibujada. El verso irregular, corto casi siempre, sin metro o rima, perjudica igualmente a la obra.

HEMEROTECA



BPM Cardenal Cisneros

octubre, 1966